

Capítulo 1: La Profecía de la Luz

El viento soplaba con una dulzura que parecía portar susurros divinos entre las hojas de los árboles del Gran Bosque de Aminadab. Sentado en el suelo, rodeado de antiguos tomos y pergaminos, estaba yo, Lucas, el escriba de lo que pronto sería conocido como la Orden de la Luz. Con pluma en mano, estaba dispuesto a documentar los acontecimientos que se desatarían por la profecía que por siglos había permanecido en las sombras del tiempo.

—Elías, ¿realmente crees que hoy se cumplirá la profecía? —preguntó Ana, su voz era tan clara como el cristal pero cargada de una ansiedad inocente.

El líder de nuestra incipiente orden levantó la vista hacia el cielo, donde los últimos rayos del ocaso pintaban promesas en las nubes.

—Lo creo, Ana, porque mi fe no conoce de dudas, y mi corazón siente la cercanía de su cumplimiento —Elías habló con tal convicción que su fe parecía iluminar el claro del bosque.

Sofía, con sus ojos cerrados, murmuraba oraciones que se tejían con el aire, creando una atmósfera de sagrada expectación.

—De las escrituras, el mensaje es claro: "Cuando el sol se despida y el firmamento reciba el manto de la noche, la luz de la gracia descenderá sobre los elegidos y la oscuridad temblará". Es hoy, hermanos y hermanas, es hoy —dijo mientras abrió sus ojos, que reflejaban una paz profunda.

Gabriel, con su armadura reluciente y su espada al cinto, se puso de pie, listo para cualquier desafío que pudiera presentarse.

—Entonces, estemos alerta. Si somos los elegidos, debemos estar preparados para actuar.

Marta, cuyas manos eran tan suaves como su espíritu, repartía pequeños frascos de unguento bendito a cada uno de nosotros.

—Que estos nos recuerden el poder de la sanación y la caridad en los momentos por venir —comentó con una sonrisa tranquilizadora.

La noche había caído ya, y bajo el manto estrellado, nos tomamos de las manos, formando un círculo que simbolizaba nuestra unión. Fue entonces cuando ocurrió, un haz de luz descendió desde el cielo, tocando el centro de nuestro círculo. La luz creció,

envolviéndonos a todos, y sentí una calidez que trascendía lo físico, como si cada partícula de mi ser fuese acariciada por la propia gracia de Dios.

—¡Es la señal! —exclamó Ana, su voz era un cántico de asombro.

—Esto es solo el comienzo —afirmó Elías, mientras la luz se intensificaba—. La profecía nos llama, y la luz nos guía. Adelante, Orden de la Luz, comencemos nuestra sagrada misión.

La luz se desvaneció tan repentinamente como había aparecido, dejando tras de sí un camino luminoso que se extendía a través del bosque.

Con mi pluma preparada, supe que mi deber era narrar cada paso, cada victoria y cada prueba. Estas crónicas serían la luz para futuras generaciones, el testimonio de cómo la fe puede conducirnos a través de la más oscura noche hacia el amanecer de la gracia.

—Marchemos —dijo Gabriel, el primero en avanzar por el sendero de luz.

Y así, con la bendición de las estrellas y la certeza de nuestro propósito, partimos hacia lo desconocido, listos para enfrentar las sombras que acechaban en cada rincón de Aminadab y con la esperanza de erigir un faro de luz que perduraría por toda la eternidad. La Profecía de la Luz había comenzado a cumplirse, y nuestra historia, la historia de la Orden de la Luz, apenas empezaba a escribirse.

Capítulo 2: El Llamado de Elías

La noche había envuelto Tiroth con su manto estrellado y la tranquilidad del pueblo se respiraba en cada rincón. Me encontraba sentado en los escalones del templo, con la vista fija en las casas que parecían dormir pacíficamente, cuando escuché los pasos decididos de Elías acercándose por la plaza. Su silueta, envuelta en una capa pesada, era la de un guardián en la oscuridad.

—Se acerca el momento, Elías —dije, alzando la vista hacia él mientras me levantaba.

Elías se detuvo y sus ojos me encontraron en la penumbra, un destello de preocupación en su mirada.

—Lo presiento, Lucas. Pero las dudas de este pueblo pesan sobre mi alma. ¿Cómo puedo asegurarles que la luz prevalecerá? —su voz denotaba una inquietud que rara vez mostraba.

—La fe, Elías. La fe es la respuesta y el alivio a todas las dudas —repliqué, intentando infundirle la calma que él siempre había tratado de enseñarnos.

De pronto, un estruendo sacudió el suelo y un rugido lejano rompió la quietud nocturna. Los aldeanos, asustados, comenzaron a congregarse en la plaza, mirando a su alrededor en busca de respuestas.

—¡El Oscurecedor! —exclamó una mujer, abrazando a su pequeño hijo contra su pecho.

Fue entonces cuando Gabriel se unió a nosotros, su presencia era reconfortante incluso en la incertidumbre.

—¡No teman! —gritó, intentando calmar a la multitud—. Estamos aquí para protegerles.

Elías elevó su voz al cielo, implorando:

—Dios Todopoderoso, en este momento de tribulación, te suplicamos que manifiestes tu luz y tu poder. Convoca a tus paladines, a los portadores de tu gracia.

—Amén —susurró la gente al unísono, con la mirada clavada en él.

Y entonces, como si el propio cielo respondiera, una luz brillante descendió y de ella surgieron figuras resplandecientes. Marta, con su bondad que iluminaba más que su

propia luz, y yo, el escriba de estas crónicas, nos unimos a Gabriel, mientras que Ana, la vidente con ojos que veían más allá del tiempo, completaba nuestro círculo.

—Dios ha escuchado nuestras plegarias —dijo Marta, su voz era un susurro poderoso que apaciguaba los espíritus.

—Y ha enviado a sus guerreros —añadió Ana, su mirada perdida en visiones que solo ella podía descifrar.

Elías se dirigió a los aldeanos, extendiendo las manos en un gesto de camaradería.

—Hijos e hijas de Tiroth, no estamos solos en esta lucha. La Orden de la Luz ha sido convocada, y juntos, con la ayuda de Dios, enfrentaremos al mal que os acecha.

Las palabras de Elías parecieron fortalecer a todos, y la luz que nos rodeaba se intensificó hasta formar un escudo celestial sobre el pueblo.

—Debemos partir —dijo Gabriel, con la determinación grabada en su rostro.

Elías se volvió hacia mí, su mirada era una orden silenciosa.

—Lucas, documenta este momento. Que las generaciones futuras conozcan el día en que la fe de un pueblo se alzó contra la oscuridad.

Asentí, sacando mi pluma y pergamino, listo para escribir la historia de esa noche, para que la valentía y fe de Tiroth se convirtieran en leyenda.

—Adelante, hermanos y hermanas —proclamó Elías, con la autoridad de un líder nato—. Sigamos el camino que se nos ha revelado. Por la gracia y el amor de Dios, nos guiaremos hacia la victoria.

Y así, con la bendición de lo alto y el coraje de los justos, partimos de Tiroth, llevando con nosotros las esperanzas y oraciones de aquellos que nos habían encomendado su destino. Cada paso que dábamos, cada palabra que pronunciábamos, cada gesto que hacíamos, se iba forjando una nueva página en las Crónicas de la Gracia Divina, un recuento de una lucha eterna entre la luz y la sombra, entre la fe y el miedo. Y yo, Lucas el escriba, plasmaría con tinta y corazón la saga de aquellos que, amparados en la fe, se convirtieron en faros de eterna luz.

Capítulo 3: El Encuentro en el Altar

La oscuridad de la madrugada aún envolvía el valle de Doreb cuando empecé a caminar junto a mis hermanos de la Orden de la Luz. Elías, nuestro líder, avanzaba con determinación hacia el altar de la visión, su silueta destacaba ante el cielo que comenzaba a clarear.

—Hermanos y hermanas, debemos apresurarnos —dijo Elías con urgencia—. El altar de la visión no está lejos, y la nueva luna no espera a los tardíos.

A su lado, Sofía caminaba con la frente alta, murmurando oraciones que se perdían en el viento de la mañana.

—Siento la presencia del espíritu más fuerte a medida que nos acercamos —confesó con una calma que contrastaba con la tensión del momento.

Gabriel, siempre vigilante, iba un paso detrás, la mano descansando sobre la empuñadura de su espada, los ojos escudriñando la oscuridad en busca de peligros.

El altar era un relicario de fuerza espiritual, un monumento de piedra tallada que se alzaba en el corazón del valle. Al llegar, los primeros rayos del sol tocaban ya las cumbres montañosas, bañando el lugar en una luz dorada.

—Este es el lugar —anunció Elías, su voz resonando con un eco que parecía venir de otro mundo.

Marta y yo intercambiamos una mirada llena de expectativa, mientras Ana cerraba los ojos, inspirando profundamente el aire fresco del amanecer.

—Lucas —me susurró Marta con una sonrisa—, ¿estás listo para documentar lo que está por suceder?

—Como siempre, mi pluma está preparada para servir —aseguré, ya desenrollando mi pergamino.

Elías se acercó al altar y depositó su mano sobre la fría piedra, cerrando los ojos como en un trance.

Nosotros, los demás, formamos un círculo a su alrededor, entrelazando nuestras manos y uniéndonos en una oración.

—Padre celestial —Elías elevó su voz en súplica—, en tu nombre hemos venido. Revela a tus siervos lo que debemos saber para cumplir tu voluntad.

—Amén —respondimos todos al unísono.

De repente, un viento cálido se levantó de la nada, rodeándonos en un abrazo invisible.

—Estoy viendo algo —habló Ana, su voz temblaba con la emoción—. Una luz, una puerta... No, es un camino. ¡Un camino que debemos seguir!

Sofía abrió los ojos, centelleantes con un brillo intenso.

—Es el sendero de la fe. Debemos confiar y caminar sin miedo —dijo con una seguridad que inspiraba.

Gabriel, al oír la firmeza en las palabras de Sofía, desenvainó su espada y la elevó al cielo.

—Sea cual sea el camino, estaremos protegidos. Dios está con nosotros —proclamó con convicción.

Marta, cuya mirada recorría el rostro de cada uno de nosotros, asintió con una sonrisa que infundía ánimo.

—Y en cada paso, encontraremos la oportunidad de sanar y fortalecer a los que nos necesiten —agregó, llenando de esperanza el aire.

Yo, mientras tanto, dejaba que mi pluma se deslizara sobre el pergamino, capturando la esencia del momento. Cada palabra era testigo de nuestro pacto divino, de nuestra dedicación inquebrantable a la misión.

Elías retiró la mano del altar y se volvió hacia nosotros con una mirada transformada por la revelación.

—El camino se despliega ante nosotros, y aunque desconocemos los desafíos que enfrentaremos, nuestra fe será nuestra guía —declaró con solemnidad—. Avancemos con corazones valientes y espíritus firmes.

Con la visión de Ana como estandarte, reanudamos nuestra marcha. El sendero ante nosotros era incierto, pero en cada corazón ardía la certeza de que la gracia divina nos conduciría hacia la victoria.

Cada paso que dábamos en nuestro sagrado viaje quedaba inmortalizado en mi relato, consciente de que estas palabras no solo eran para nosotros, sino también para quienes en tiempos de oscuridad buscarían en las Crónicas de la Gracia Divina una luz de esperanza.

—Adelante, hacia el destino que Dios ha trazado para nosotros —dijo Elías, marcando el ritmo de nuestra marcha con su voz.

Y así, guiados por la luz del amanecer y el eco de nuestras oraciones en el valle de Doreb, la Orden de la Luz se adentró en el misterio que nos esperaba, llevando la fuerza de nuestra fe y la convicción de nuestra divina misión.